personas. Esto indica que Pompeya era una de las ciudades de provincia de mas habitantes, puesto que necesitaba de un anfiteatro únicamente tres cuartas partes menor que Roma, que contaba entonces con una poblacion de un millon cuatrocientas mil almas.

—Os dejo—dijo Estela á su esposo y á su hermano—antes que no tenga lugar donde colocarme; y no os olvideis de poner cuidado cuando salga Olinto, de ver la cara que pone delante del tigre.

—Pierde cuidado, Estela—le contestó el esposo.—Precisamente tengo empeño en ver quién se porta mejor, si él ó Glauco.

Estela entró al anfiteatro, y se colocó en la galería destinada á las mugeres.

Por todo el espacioso edificio estaban establecidas cañerías invisibles, de donde salian ondas odoríferas que se espaccian sobre los espectadores, y los rayos del sol se hallaban interceptados por inmensos toldos (velaria), tejidos de la lana mas fina de Apulia, y adornados de largas listas carmesíes.

Sin embargo, á pesar de la calma de la atmósfera y de todos los esfuerzos que se habian hecho para extender las telas, no se habia logrado unirlas por todas partes, y á traves de un claro bastante ancho que dejaban entre ellas, por la parte del Vesubio, se veia la cima y una gran parte de los flancos de la montaña.

El momento de dar principio al espectáculo se aproximaba.

La animacion y el movimiento que reinaban eran indecibles.

Todos buscaban la manera de estar mejor para presenciar los juegos, y se agitaban y gritaban.

De repente las trompetas sonaron anunciando la entrada de los gladiadores, y el tumulto cesó.

La puerta por donde debian penetrar á la arena, se abrió, y los gladiadores se presentaron conducidos sobre carros pintados de brillantes y variados colores, en medio de los aplausos de la multitud.

El rostro de una muger palideció y sus miembros se estremecieron al fijar la vista en uno de los gladiadores.

Aquel gladiador era Lidon.

La muger que le observaba tenia la faz cubierta con un velo, y se hallaba al lado de la bellísima actriz Flora que notó su estremecimiento.

—Volvamos á casa, amiga mia—le dijo la actriz en voz baja—os he dicho que no os conviene presenciar este espectáculo, y os he acompañado porque no pude disuadiros.

—No, no: mas sufriria con la duda del resultado—contestó la tapada.—Necesito ver lo que sucede.

Los gladiadores dieron entre tanto lentamente sobre los vistosos carros una vuelta al rededor de la arena, como era costumbre, y saltaron en seguida á tierra, quedándose en actitudes arrogantes y académicas, con el objeto de dar á los espectadores todo el tiempo necesario para que pudiesen admirar sus vigorosos miembros, y de hacer apuestas que su vista podia sugerirles.

Los carros salieron de la arena, y los gladiadores comenzaron á ensayar su fuerza y destreza con algunos ejercicios especiales que precedian siempre al espectáculo. Unos valanceaban sus venablos, desplegando suma gracia en sus actitudes; otros ejecutaban todos los pasos, todos los golpes del combate, simulando con las varas, con las espadas embotadas, todos los ataques y defensas, contentándose con dirijirse sus golpes al aire: algunos, mientras

los demas se entregaban á esta especie de simulacro, que era, por decirlo así, el preludio de los sangrientos combates que debian seguirle, se entretenian en hacer admirar su destreza y agilidad, arrojando un broquel al aire y recibiéndolo sobre el pié, sobre las espaldas, en el extremo de un dedo, sin que jamas dejasen de recibirlo de la manera que lo habian indicado.

Durante estos preludios, los espectadores se ocupaban en conocer á los combatientes, por medio de libretos que se vendian en las gradas, donde se daban noticias de los gladiadores y del órden que se habia de observar en el espectáculo.

Despues de un rato de ostentar cada combatiente su habilidad, dejaron sus juegos, y esperaron con la mayor calma y tranquilidad la señal para ahogarse y herirse; ellos, que en aquel momento no mostraban ninguna cólera, ninguna animosidad el uno contra el otro; ellos, que poco antes se paseaban, se reian, se hablaban y hacian sus tratos como si se tratase de un juego de niños.

Solamente Lidon se habia abstenido de manifestar su destreza. Preocupado, sin duda, con importantes pensamientos, se habia colocado en un extremo del circo, y permanecia allí aislado de todos.

Su anciano padre y Nicea absorvian todas sus ideas.

La libertad del primero y la seguridad de la segunda dependian del éxito del combate.

El pueblo esperaba con impaciencia el momento de la lucha, y se habian atravesado sumas cuantiosas entre los espectadores en favor de este ó del otro gladiador.

Aquellos espectáculos sangrientos, eran los favoritos del valiente y guerrero pueblo romano, y parece increible que su orígen fuese debido á un sentimiento de humanidad.

Sin embargo, nada es mas cierto.

Los pueblos antiguos tenian la costumbre de inmolar en los funerales de sus famosos guerreros, á los prisioneros de guerra ó á los esclavos. Introducido este uso en Roma, se halló en vigor en la época de la primera guerra púnica que empezó 264 años antes de Jesucristo. Junio, descendiente del ilustre Bruto, murió en ese tiempo, y muchos pueblos extranjeros, enviaron cautivos para que sirviesen de víctimas en sus funerales. Así hubiera sucedido; pero sus hijos Marco y Décimo, por compasion, y queriendo templar la crueldad del sacrificio, sin faltar á lo que exijian los manes paternales, á los que era propicia la efusion de sangre, imaginaron formar parejas de los cautivos, y que combatiesen entre sí, dejando que viviesen los vencedores. El espectáculo tuvo lugar en el Foro Boarium, dando así por ellos la primera lucha de gladiadores en Roma.

Desde ese momento se dió á esos combates el nombre de *Presente de Gladiadores*, porque los prisioneros que fueron enviados, eran un obsequio ó presente que se hacia al que los recibia.

Despues de esto, muchos jóvenes de la gente baja que se creian con fuerza y facultades para ser gladiadores, se dedicaron á este ejercicio, y pronto se establecieron escuelas de donde salieron combatientes de gran fama.

En estas escuelas, los lanistas, como se denominaba á los maestros gladiadores, les enseñaban la teoría, les ejercitaban en la práctica de la esgrima, les enseñaban el arte de recibir las heridas con gracia y nobleza. Una vara ó una espada de madera eran las armas de que se servian los discípulos designados con el nombre de tyronis, hasta que se les juzgaba dignos del de gladiadores.

Los combatientes que se hallaban en la arena, en los instantes en que nos halla nuestra historia, eran notables, y entre ellos llamaba la atención el gigante Tetraide, que continua-

Томо II.—85

ba manifestando en sus ejercicios, la pujanza y el acierto de su brazo, y dos gladiadores que habian llegado de Roma para aquella ocasion solemne.

Durante el simulacro, que era como he dicho, un preludio ordinario para que los actores pudieran ser juzgados del público, dos *gladiadores ecuestres*, montados cada cual en un caballo blanco adornado de una especie de caparazon cuadrado, con grupera encarnada, se presentaron en la arena y se pasearon al rededor del circo, haciendo caracolear sus briosos y ligeros corceles.

Estaban armados, con poca diferencia, como los caballeros de la edad media.

Estos gladiadores, que se pueden comparar á las tropas ligeras, llamaban la atencion por la elegancia y riqueza de sus vestidos. Llevaban la cabeza y el rostro cubiertos de un casco de bronce dorado, con visera plana, en la que se veian practicados dos agujeros redondos para la vista: sus armas eran cortas y fáciles de manejar, y consistian en lanzas y broqueles (parma) ricamente incrustados: una clámide corta y ligera, graciosamente adornada, colgaba de sus hombros; brazales de fierro cubrian su brazo derecho, y sus muslos se veian resguardados por resistentes escarcelas, llevando descubierto el resto de la pierna, á excepcion de la parte baja en que ostentaban una especie de media que se hallaba enlazada á un calzado llamado semiplotia, que no era otra cosa que cortos borceguíes de vistosa hechura, que no subian arriba del tobillo.

Apenas habian acabado de dar la vuelta al circo, cuando las trompetas anunciaron la llegada del pretor. En Roma, donde el emperador presidia, por decirlo así, los juegos, los senadores, los caballeros y todo el público se levantaba en señal de respeto al verle entrar, gritando. Salud al Cesar.

A la llegada del pretor, los ejercicios preliminares cesaron: los *Maestros*, agentes nombrados para los juegos, arreglaron, como era costumbre, los gladiadores por parejas, acomodando juntos á los que eran iguales en destreza y fuerza, les entregaron verdaderas armas, y les hicieron desfilar delante del pretor.

Al pasar al pié del asiento de la primera autoridad, levantaron sus espadas sobre sus cabezas, para que viese que estaban bien aceradas y cortantes, saliendo de la arena despues de este desfile.

Panza, creyendo que en la ocasion presente debia dar al sangriento drama que se preparaba, todo el interes posible, reservó á Glauco y á Olinto para el fin.

Glauco debia aparecer en escena con el leon, y Olinto con el tigre.

Pasados unos instantes, las trompetas volvieron á sonar dando la señal de los juegos, y las parejas de gladiadores se presentaron para combatir de dos en dos.

El espectáculo comenzó por los dos gladiadores ecuestres.

Indicado el instante de acometerse por enseñas militares tremoladas en los dos extremos del anfiteatro, ambos se lanzaron el uno sobre el otro con una furia inaudita.

Las veinte mil personas que ocupaban las gradas colocadas las unas sobre las otras, y que habian ido, no para asistir á la representacion inocente de una tragedia, sino para contemplar los dolores y la agonía en toda su espantosa realidad; para ser testigos del triunfo sangriento 6 de la muerte cruel de cada uno de los desgraciados que entraban en la arena, se pusieron de pié para presenciar mejor los golpes.

El combate entre estos dos adversarios no fué largo.

Despues de algunos amagos sin resultado, uno de los combatientes amenazó con su lanza, por medio de una finta diestra, la cabeza de su adversario. Este levantó el escudo para cu-

brir la parte amenazada, dejando descubierto su pecho. Su contrario aprovechó aquel instante, y le atravesó de parte á parte.

En el instante en que cayó sobre la arena, el pueblo, cuya ferocidad no se hallaba aún excitada con la vista de la sangre, manifestó piedad y compasion por el desgraciado; pero aquella piedad era inútil. El vencido habia cesado de vivir.

El cadáver quedó tendido en la arena, pues los combates se sucedian con tal rapidez unos á otros, que no se sacaban del circo los muertos ni los heridos, hasta no haber terminado la primera parte ó acto del espectáculo, que se dividia en dos. (1)

Los desgraciados que sucumbian, permanecian, por lo mismo, encima de la sangre que vertian de sus heridas, sin recibir auxilio ninguno humano, bastantes horas, pues la primera parte no terminaba sino despues del medio dia, y los juegos del anfiteatro empezaban como á las diez.

Concluida esta primera parte, los heraldos, por una costumbre que databa de anteriores siglos, corrian á anunciar la suspension ó entreacto de los juegos, á fin de que los espectadores marchasen á comer; pero era tanta la aficion á esa clase de espectáculos, que muchísimas personas prescindian de ir á comer, y permanecian en sus localidades por no perderlas, donde tomaban cualquier alimento ligero que habian llevado, y sufriendo la sed y el hambre, temiendo volver tarde.

Del emperador Augusto se sabe que era tal su pasion por el circo, que muchas veces permanecia en este con su muger y sus hijos, sin salir de él hasta que no terminaba el espectáculo, por largo que fuese.

En este intervalo de la primera parte á la segunda, era cuando los encargados de sacar los cadáveres y los heridos, bajaban al circo para dejar limpia la arena. Pero aun ese mismo acto de despejar el circo de los muertos y los heridos era un espectáculo. Dos ministros de los juegos, vestido uno de Mercurio y el otro de Pluton presidian en él. En medio de aquella escena sangrienta, verificaban la comedia de los infiernos. Mercurio buscaba los muertos y Pluton tomaba posesion de ellos. Mercurio llevaba un caduceo de fierro hecho ascua, con el cual tocaba cada cuerpo para ver si estaba completamente muerto. Pluton le seguia armado de una maza con la que golpeaba á los que eran verdaderos cadáveres. Dos esclavos públicos les seguian y sacaban con grandes garfios los cuerpos de los muertos y de los heridos, y los llevaban arrastrando á una pieza llamada spoliarium, mientras otros esclavos jóvenes cubrian los charcos de sangre con arena mezclada de aserraduras.

Para evitar que se abusase de estos espectáculos, que en su principio servia de especulacion al que los daba como empresario, Augusto dió un reglamento con respecto á los juegos públicos, y decretó que para verificar un *Presente de Gladiadores*, era necesario el permiso del Senado; que una misma persona no pudiese dar mas que dos al año, y á distancia uno del otro; que el número de gladiadiores no excediese de ciento veinte, y que los vencedores gozasen de completa libertad. Este número que nos parece exorbitante, era corto si se compara con el que poco tiempo antes combatia. Julio César, siendo edil, ofreció al pueblo un *Presente* de seiscientos cuarenta gladiadores.

⁽¹⁾ Todas estas noticias son exactísimas, y están apoyadas en los mas notables autores que florecieron entonces.

Este funesto ejemplo de prodigalidad, que tuvo muchos imitadores, obligó á establecer restricciones.

Los juegos empezaban, como he dicho, por la mañana, y en ella, que es cuando tenia lugar la primera parte, no se daban mas que los combates singulares; pero cuando empezaba la segunda parte, que era despues del medio dia, los combates se componian de grupos que iban progresivamente en aumento. Empezaba por los velitis, gladiadores armados á la ligera, que combatian de lejos con armas arrojadizas; les seguian pequeños pelotones de cinco contra cinco, y despues combatian bandas numerosas, que venia á ser una batalla en regla. El ruido de los combatientes, el choque de las armas, la caida de los moribundos, la sangre esparcida á torrentes sobre la arena, producia en todo el anfiteatro una suerte de embriaguez imposible de describir.

Los hombres, las mugeres, los niños, las Vestales mismas, aplaudian y se regocijaban con aquel espectáculo sangriento.

Pero volvamos á reanudar la relacion del espectáculo que dejamos interrumpido con la muerte de uno de los gladiadores ecuestres.

No bien cayó en tierra, cuando varios combatientes se presentaron á un mismo tiempo en el circo.

Dos de ellos fueron los nombrados para combatir primero, y salieron al medio de la arena. Los ojos de los concurrentes se fijaron en ellos con ansiedad. Eran Lidon y Tetraide.

La muger, que encubierta con el velo se hallaba al lado de la actriz Flora, se estremeció de nuevo.

El arma de los atletas, que iban á ser los primeros en medir sus fuerzas, era la manopla, especie de guante guarnecido de plomo, y atado al brazo por fuertes correas.

Los otros gladiadores quedaron apoyados sobre sus armas, esperando el éxito del combate, menos peligroso que aquel á que tenian que entregarse mas tarde ellos.

Tetraide, el antagonista de Lidon era, como tengo ya dicho, un luchador de los mas célebres, cuyos carnudos y sólidos miembros contrastaban con las formas del jóven hijo de Medon, que aunque robustas, parecian delgadas y ligeras junto á las del gigante.

Los dos antagonistas, casi enteramente desnudos, se aproximaron el uno al otro, midiéndose con la vista.

Tetraide fué el que arrojó el primer golpe, pero Lidon dobló las rodillas, de manera que el golpe que le fué dirijido, pasó por encima de la cabeza sin tocarle.

Ligero como el viento se levantó al instante, y descargó su manopla sobre el pecho de su contrario, que le hizo vacilar.

Millares de estrepitosos aplausos resonaron por todas partes.

La encubierta, aunque pálida y temblando, respiró con libertad, y la actriz Flora estrechó su mano en señal de esperanza.

Alentado por las manifestaciones de la multitud, el jóven gladiador estrechaba mas y mas á su enemigo, y aunque no podia evitar todos los ataques tan felizmente como el primero, acabó al fin por tender á Tetraide á sus piés, con un terrible golpe descargado sobre la sien.

Un aplauso general resonó en todo el anfiteatro al ver al jóven y simpático gladiador derribar en tierra á su poderoso antagonista.

Sin embargo, el combate no estaba terminado. Segun las reglas de los juegos, Lidon no habia alcanzado aún victoria completa. Era preciso que luchase de nuevo con el mismo

adversario, con la espada y la coraza. Lidon se disponia á ello, pero los empleados del circo declararon que Tetraide no estaba en estado de empezar un nuevo combate.

El edil Panza, en vista de ello, decidió que Lidon ocuparia el lugar del primer gladiador de espada y broquel que fuese vencido.

La atencion de los espectadores se fijó entonces en dos de los gladiadores que habían permanecido hasta aquel momento como inmóviles presenciando el combate, esperando su turno, y que iban á llenar á su vez la escena sangrienta.

Representaban, por decirlo así, el ataque de un pescador contra un pez, y el combate de ellos era uno de los mas raros que se conocian. Se ignora el orígen y el sentido de esta especie de alegoría; pero en todos los *Presentes de Gladiadores* se daba en espectáculo esa lucha.

El atleta que figuraba el pescador, tomaba el nombre de retiarius ó combatiente de red, porque una de sus armas era la red que llevaba en la mano derecha, plegada de una manera que pudiese desenvolverla á su satisfaccion cuando la arrojase. Esta arma, tan poco temible al parecer, era sin embargo, muchas veces, fatal al gladiador, que preso en el tejido, no podia desprenderse ni hacer uso de sus armas, quedando en consecuencia, á discrecion de su adversario. En la izquierda empuñaba un largo tridente de agudísimas puntas. Su calzado se componia de un coturno de cuero azul, y llevaba cubierta la cabeza con un casco en que se ostentaba una pluma de pavo. Una especie de subligaculum ó semitúnica corta, partia de la mitad del cuerpo, al rededor del cual se veia sujeta por un cinturon de bronce bruñido, caia por delante en pliegues hasta el medio de los muslos, y se levantaba sobre las caderas. Todo el resto del cuerpo estaba enteramente desnudo.

El antagonista del retiarius, y que representaba el pez, al cual se denominaba mirmillo, llevaba un casco adornado de un pescado, á guisa de cimera, y provisto de una visera emballenada, entera, agujereada solamente á la altura de los ojos con dos aglomeraciones de agujeritos redondos, dispuestos en círculos concéntricos. Sus armas consistian en una larga y cortante hoz, mas temible que una espada, y en un clypeus ó escudo redondo.

El retiarius ó pescador, que figuraba en Pompeya en los instantes á que nos referimos, y que se disponia á combatir, era de una talla gigantesca y se llamaba Niger: su competidor era un gladiador famoso por su fuerza, llamado Esporo.

Esta lucha que exijia de ambas partes una destreza especial, era la que mas parecia agradar á los espectadores, que encontraban en ella un contínuo manantial de emociones no comunes.

Los dos combatientes, colocados ya el uno enfrente del otro, solo esperaban la señal definitiva para acometerse. Aquella sonó, y ambos se aproximaron, calculando con la vista la fuerza de su contrario, y procuraban, por provocaciones reiteradas, atraerse mútuamente al combate.

Uno y otro son poderosos; uno y otro se observan con ojo vigilante y escudriñador.

Esporo, que era el que hacia el papel de pez, fué el primero que levantó su cortante hoz, para herir á su contrario; pero este, agitando su tridente con la mano izquierda como para parar el golpe que le amenazaba, desplega súbitamente con la otra mano la red que tenia oculta, y la arroja sobre su antagonista. Esporo ve este movimiento, se agacha con la rapidez del relámpago, se cubre la cabeza con el broquel, y se salva de los terribles hilos que iban á envolverle. En el momento en que el retiarius vió fallido su golpe, empezó á huir para ponerse en guardia. El mirmillo corrió en su seguimiento para herirle antes de que lograse su intento, viniendo á ser el provocador del combate.

Томо П.—86